la historia el rarísimo caso de haber conservado la estimación más acendrada de sus dos altos valedores hasta la muerte de éstos.

Con la entrada de Godoy en el ministerio coincidió la caída del rey de Francia Luis XVI, seguida á poco de su proceso y de su muerte. El gobierno español oportunamente se esforzó en salvar la vida del Borbón francés, pero la airada Convención rechazó con altivez las gestiones de Carlos IV, y el rey de Francia murió en la guillotina (Enero de 1793). En Marzo de ese mismo año la República declaró la guerra á España, y esta nación entró á formar parte de la liga de los demás países monárquicos, aliados contra la revolución francesa. La campaña de 1793 fué favorable á las armas españolas que transpusieron los Pirineos al mando del valiente general Ricardos, pero les fueron adversas las de 1794 y primera mitad de 1795, por lo que el gobierno de Carlos IV se apresuró á firmar el tratado de paz de Basilea (Julio de 1795) en que cedió á la República francesa la parte española de la isla de Santo-Domingo. "El rey Carlos IV—dice un historiador español—" confirió entonces á su primer ministro Don Manuel Godoy, du-" que de la Alcudia, el título de *príncipe de la Paz*, cuya elevación " é inusitada merced provocó nuevas y más agrias murmuraciones " y críticas de parte de los que odiaban, que eran muchos, al que " llamaban favorito de la reina y valido del rey."

Un año después de la paz de Basilea el gobierno de Carlos IV firmaba con el de la República francesa (Agosto de 1796) el tratado de San Ildefonso, pacto de alianza ofensiva y defensiva que produjo desde luego la ruptura de hostilidades entre Inglaterra y España, perdiendo esta última nación parte de su marina de guerra en desastrosos combates navales. El príncipe de la Paz se retiró del ministerio en 1798, aunque conservando toda la confianza de su soberano, y éste, más y más empeñado en su alianza con Francia suscribió un nuevo tratado en San Ildefonso [Octubre de 1800] en el que le hizo cesión de la Luisiana en cambio del reino de Etruria (Parma y Toscana) que el cónsul Bonaparte formó y dió al duque de Parma, hermano de la reina María-Luisa, esposa de Carlos IV.

Tal era la situación de la política exterior de España al espirar el siglo 18º. En cuanto á los negocios interiores de esa monarquía, el desacertado gobierno de Godoy y la falta de tino de Carlos IV los habían impulsado por una peligrosa pendiente; era visible la decadencia de aquella nación que se había reanimado bajo los reinados de Fernando VI y de Carlos III, y que abatida bajo el peso de un estúpido despotismo volvería á cobrar su antiguo brío para salvar su amenazada independencia.

Cuadro genealógico de los reyes de la dinastía borbónica en España durante el siglo 18º:

Felipe V, fundador de la dinastía, 1ª época (1701—1724).
|
Luis I°, por abdicación del anterior, seis meses (Febrero—Agosto 1724).
Felipe V, 2ª época (1724—1746).

Fernando VI (1746—1759). Carlos III (1759—1788).
|
Carlos IV—(1788 hasta 1808, en que abdicó).

PORTUGAL.

La monarquía portuguesa en el siglo 18.º.—En la *guerra de sucesión*, Portugal se unió á las naciones que hicieron causa común para combatir á España y Francia. Los tratados de Utrecht le reconocieron su dominio en toda la cuenca del río de las Amazonas, pero la influencia inglesa se hizo sentir desde entonces en el pequeño reino lusitano. Juan V protegió al clero y los jesuítas durante su largo reinado (1706-1750) y la corte de Roma le otorgó el título de *Majestad Fidelísima* que ha pasado á sus sucesores.

Su hijo José I.º (1750-1777) eligió ministro suyo á Don José Carvalho y Mello, que luego fué marqués de Pombal. Este notable hombre de Estado reprimió á los orgullosos nobles, detuvo hasta el punto que le fué posible la influencia inglesa, y desterró del

reino á 2,000 jesuítas que hallaron asilo en los Estados pontificios.

Pombal fué infatigable en promover el adelantamiento material é intelectual de sus compatriotas. En 1º de Noviembre de 1755, Lisboa fué sacudida por un violento terremoto que sepultó bajo los escombros de los edificios á 30,000 habitantes; al mismo tiempo estalló un incendio en varios puntos de la ciudad, y los criminales escapados de la cárcel asaltaron y robaron las casas que habían quedado en pié. Cuando el ministro se presentó ante el rey, éste le preguntó lleno de angustia: "*¿Qué haremos?—Enterrar á los muertos y mirar por los vivos,*" contestó Pombal, y desde aquel momento no descansó durante varios días con sus noches hasta que se hubo atajado el incendio, reprimido el pillaje, alimentado á los habitantes y asistido á los innumerables heridos que sobrevivieron al pavoroso desastre.

Los sucesores de José I.°, su hija María y el marido de ésta Pedro III, desterraron al ilustre Pombal que murió en extraño suelo, y Portugal siguió viviendo obscuramente bajo el nuevo reinado. Muerto el príncipe consorte en 1786, María rigió sola el Portugal hasta los últimos años del siglo en que fué declarado regente su hijo Don Juan. Esta familia huyó al Brasil en 1807, bajo la presión de las armas francesas; pero el pueblo portugués, abandonado por sus cobardes reyes, luchó valientemente contra los invasores de la patria.

IMPERIO DE ALEMANIA.

Carlos VI (1711-1740).—Este monarca, que fué pretendiente á la corona de España antes de su exaltación al imperio (véase el capítulo relativo á Francia), reinó veintinueve años, durante los cuales perdió el reino de las Dos Sicilias y algunos distritos del Milanesado. La tarea á que dedicó su atención preferente fué la de asegurar su *pragmática-sanción* de 1720, ley de sucesión al imperio que la establecía á favor de los varones y las hembras y que aquel soberano hizo extensiva á los estados hereditarios de la casa de Austria. Tanto empeño se explica en el interés que animaba á Carlos VI por dejar á su hija María Teresa dueña de esas coronas.

María Teresa [1740-1780].—La exaltación de esta princesa á los tronos de Alemania y Austria provocó una liga que formaron en su daño Francia, España, Prusia y Baviera para sostener las pretensiones del elector bávaro que se hizo llamar emperador con el nombre de *Carlos VII.* La suerte de las armas favo-

reció á los aliados que invadieron triunfantes los estados de su enemiga, la cual halló refugio y auxilios en Hungría. La adhesión de los húngaros, la habilidad de algunos generales austriacos y la muerte del pretendiente *Carlos VII* mejoraron la situación de María Teresa, la cual hizo proclamar emperador y asoció al gobierno de Alemania y Austria á su esposo Francisco Iº (1745). Tres años más tarde se firmó la paz de Aix-la-Chapelle que costó al Austria la rica provincia de Silesia, cedida á los prusianos.

En la guerra de *Siete años* (1756-1763), Austria, aliada con Francia (después de una enemistad de tres siglos), volvió á combatir contra Prusia, apoyada á su vez por Rusia, Suecia y Sajonia. El tratado de Hubertsburgo dió punto á las hostilidades y confirmó á Prusia en la posesión de Silesia. El emperador Francisco 1º murió en 1765 y María Teresa le sobrevivió hasta 1780.

El Imperio en los últimos veinte años del siglo 18º (1780-1800).—José IIº subió al trono á la muerte de supadre (1765), pero la plenitud de su poder como emperador y soberano de los estados de Austria debe contarse desde 1780, año del fallecimiento de su madre María Teresa. Voluble en su política exterior y afanoso por uniformar el heterogéneo imperio, José IIº ocupó los diez años de su reinado (1780-1790) en dictar muchas leyes y disposiciones, que en su mayor parte quedaron solamente escritas. Sucedióle su hermano Leopoldo II que murió en 1792, y Francisco II, hijo de éste, entró á regir la monarquía austriaca, siendo electo cuatro meses más tarde emperador de Alemania.

La guerra que este soberano tuvo que sostener contra la Francia revolucionaria le costó la cesión de Bélgica y de la orilla izquierda del Rhin (tratado de Campo-Formio, 1797), y en la nueva lucha que comenzó en 1799, las brillantes victorias de Bonaparte en Italia y de Moreau por el lado del Rhin, hicieron perder al Austria toda la Lombardía y la obligaron á firmar la paz de Luneville en Febrero de 1801.

PRUSIA.

Principio de este reino (1701), y sus monarcas en el siglo 18º.—(Desde la época de los *carlovingios* en Alemania se dió el nombre de *marcas* á las regiones que colindaban con países extranjeros: la marca de Brandenburgo ó septentrional fué una de ellas y el gobernador que las administraba recibió el nombre de *mark graf* (margrave). El Brandenburgo tuvo una serie de *margraves* que poco á poco hicieron hereditario el empleo que recibían del emperador, y luego, lo elevaron á la categoría de *electorado,* es decir, que el margrave de Brandenburgo fué uno de los siete electores que nombraban al emperador de Alemania. Por

otra parte, la *Orden Teutónica* se había establecido desde el primer tercio del siglo 13º (véase este *siglo*, capítulo de las *Cruzadas*) en el territorio vecino del *margraviato* por la parte del oriente, ensanchando sus estados con las conquistas que arrebató á los *prusianos* idólatras, y adoptando luego sus grandes maestres el título de *duques* de Prusia. En el primer tercio del siglo 16º (1525) Alberto, margrave y elector y al mismo tiempo gran maestre de la Orden Teutónica, recibió en propiedad el ducado de Prusia, aunque obligado á reconocer vasallaje á los reyes de Polonia. Desde entonces el ducado de Prusia y el margraviato de Brandenburgo formaron un solo estado; su jefe se llamó por antonomasia el *Elector;* en 1657 cesó el vasallaje respecto de Polonia, y siguió ese estado político formando parte del imperio.

En 1701, el emperador Leopoldo Iº reconoció con el título de *rey de Prusia* al elector de Brandenburgo y duque de Prusia, quien adoptó el nombre de *Federico* Iº. En los tratados de Utrecht fué reconocida esa dignidad por las demás naciones que habían tomado parte en la *guerra de sucesión*. El primer rey de Prusia murió en 1713).

Federico Guillermo I.º, segundo rey de Prusia é hijo del anterior soberano (Federico I.º), se hizo notable por la severa economía que estableció en los gastos públicos, por la fuerte organización que dió al ejército, echando así los cimientos del poder militar de Prusia, por las reformas que hizo en la administración de justicia, y por el despego que siempre manifestó á la pompa, á la vanidad y á la lisonja. Su reinado fué casi siembre pacífico y en su tiempo Prusia se engrandeció con el principado de Neufchâtel, con parte de las comarcas de Güeldre y de Kessel, y además, con el ducado de Berg.

Federico II el Grande (1740—1786).—Hijo del anterior, fué el más ilustre de los soberanos de Prusia y uno de los personajes eminentes del siglo 18.º. Señaló los primeros días de su reinado con la abolición de la tortura-abuso infame sin el cual ningún criminalista prusiano de entonces creía posible el descubrimiento de la verdad--y con la tolerancia de todas las religiones en sus Estados; más tarde completó la obra de su antecesor mejorando la administración de la justicia y del tesoro de la monarquía. Apenas exaltado al trono de Prusia estalló la guerra de la *sucesión de Austria*, y poniéndose del lado del elector de Baviera se apresuró

á invadir los dominios de María Teresa con el propósito de conquistar el rico territorio de Silesia: la batalla de Molwitz le aseguró la posesión de la codiciada comarca que le fué confirmada por el tratado de Aix-la-Chapelle en 1748. El genio militar de Federico el Grande llegó á su mayor altura durante la guerra de *Siete años*: Austria y el Imperio, Francia, Rusia, Sajonia y Suecia se coaligaron contra Prusia; el gran número de sus enemigos doblegó no el valor, pero sí la fuerza y los elementos materiales de Federico que fué derrotado en muchos encuentros y vió invadido en gran parte el territorio de su nación; á compás de sus desastres crecieron su brío, actividad y genio guerrero, y las victorias que alcanzó en Rosbach, Leuthen, Lignitz y Schwidnitz, alternadas con sus derrotas, asombraron á Europa y alzaron á Prusia al rango de potencia de primer orden. La paz de Hubertsburgo fué gloriosa para la monarquía prusiana, regida por Federico II hasta 1786, época de su muerte.

El célebre Federico el Grande, autocrático y absoluto como todos los reyes de Europa durante el siglo 18°, trazó, sin embargo, una línea divisoria entre su poder real y una especie de constitución foral que reemplazó al desprecio de todos los derechos fuera de los del soberano, y al capricho y voluntad arbitraria del rey. Federico respetó siempre esa línea divisoria, siendo por esto el fundador de la magistratura y de la justicia, conforme á las leyes de Prusia. El *despotismo ilustrado*, según el criterio monárquico y sobre todo, según el pangermanismo de los compatriotas de aquel soberano, brilló bajo su reinado con el más vivo esplendor, y citan con orgullo la máxima de Federico: "el soberano es el primer "servidor de su país." Aparte de sus eminentes dotes como capitán y creador de la nueva táctica, el rey de Prusia se distinguió por la cultura incesante de su inteligencia, siendo de ello muestras las obras filosófico-políticas é históricas que dejó escritas, distinguiéndose las *Memorias de Brandenburgo, la Historia de su tiempo y el Anti-Maquiavelo*, refutación esta última de los principios del escritor florentino del siglo 16º, debiendo decirse que las exigencias de la política y de la guerra obligaron á Federico á desmentir y contrariar en la práctica los hermosos principios que tan elocuentemente expuso en su moral especulativa.

El sucesor del gran Federico II fué su sobrino Federico-Guillermo II [1786-1797), quien se separó, en lo tocante á la política exterior, de las máximas que habían guiado á aquel soberano. El

edicto de religión y la *ley de censura* concebida por el ministro de justicia Carmer, destruyeron en gran parte la obra de Federico II, y el cuantioso tesoro que dejó al morir fué agotado en la guerra que Prusia sostuvo contra la República francesa.

Ligado Federico Guillermo II con el Austria, y puesto á la cabeza de sus tropas, entró en Francia hacia los últimos días de Agosto de 1792, precedido por el arrogante manifiesto de su general el duque de Brunswick. Su invasión fué detenida en Valmy por los republicanos franceses, y aunque la guerra continuó dos años y medio más, Prusia no alcanzó ninguna ventaja y se vió forzada á firmar con la República la paz de Basilea (Abril de 1795). Federico Guillermo II murió en 1797 y le sucedió su hijo Federico Guillermo III.

RUSIA

Reinado de Pedro el Grande (1696-1725).—La muerte de su hermano Ivan hizo á Pedro I.º dueño único del imperio moscovita. En los últimos años del siglo 17.º este czar se dedicó al estudio con incansable tesón llegando á sobresalir en las ciencias matemáticas y naturales. Dirigióse luego con una pequeña comitiva á las naciones de Occidente, y una en pos de otra visitó Alemania, Inglaterra y Holanda; en este último país ingresó en el gremio de los carpinteros de ribera y se perfeccionó en el arte de la construcción naval; en Inglaterra estudió las manufacturas allí florecientes, y en Alemania la organización y disciplina militar.

Una conjuración de los *Strelitz* le obligó á regresar á sus dominios: los culpables fueron castigados con bárbaros tormentos, y aquella turbulenta milicia, semejante á la de los *genízaros* entre los turcos, quedó desde entonces suprimida. Algunos años después continuó sus viajes, deteniéndose en Dinamarca, otra vez en Alemania, y finalmente en Francia, donde fué recibido con gran distinción por el gobierno del regente.

Pedro el *Grande* declaró la guerra á Carlos XII de Suecia que le venció varias veces y que acabó por ser vencido en Pultawa

(1709). Este triunfo dió á Rusia la Livonia, Ingria, Finlandia y una parte de la Pomerania sueca. En 1711 abrió Pedro una campaña contra los turcos, pero fué cercado á orillas del Pruth y pudo salvarse devolviendo las plazas de Azof, Tanganrog y otras de menor importancia. Más feliz fué en sus guerras con Persia, á la que arrebató vastas comarcas hacia el rumbo del sudeste. El czar Pedro I°., murió en 1725.

El juicio de la posteridad no ha sido uniforme respecto de este soberano ruso, pues en tanto que algunos le han alzado hasta las estrellas, otros, y entre ellos muchos de sus compatriotas, han dudado de la benéfica influencia de sus reformas. El carácter contradictorio de aquel hombre explica esos juicios opuestos: lo distinguido con lo vulgar, lo ideal con lo tosco, lo sublime con lo grosero, la crueldad proterva con el anhelo por fundar nobles instituciones; la más torpe sensualidad y la habitual intemperancia con la tenaz dedicación al trabajo. Con todo esto, Pedro impulsó á su bárbaro pueblo hacia la identificación con las naciones occidentales.

Una de sus mejores creaciones fué la ciudad de San Petersburgo asentada á orillas del Neva y desde entonces capital del imperio. Bajo su reinado nació la marina rusa, se organizó el ejército y fueron protegidos y fomentados el comercio, la industria, la agricultura, las ciencias y las artes; en una palabra, el despótico Pedro el *Grande* consagró su vida al progreso de Rusia, á la ardua tarea de civilizar á sus compatriotas, descendientes de las hordas tártaras, y que hoy todavía, en su mayor número, yacen sumidos en la semi-barbarie asiática.

Emperadores rusos desde 1725 hasta 1801.—La viuda de Pedro el *Grande*, Catarina 1ª, sucedióle en el trono, ó más bien el favorito Menschicoff, pues que esa soberana—según la expresión del historiador Hermam—no salía de la embriaguez en que la postraba el aguardiente que bebía desde el amanecer hasta la noche. Pedro II, nieto de Pedro el *Grande*, ciñó la corona á la edad de 12 años (1717) y cesó de vivir en 1730.

Ana Ivanowna, sobrina de Pedro 1.º, subió entonces al trono y reinó hasta 1740, época de su muerte. Ivan VI, tierno infante de dos meses fué declarado emperador, pero un año después Isabel, hija del mismo Pedro el *Grande*, se apoderó del trono y sobre él se mantuvo hasta 1762, fecha de su fallecimiento. Esta emperatriz, célebre por su vida disoluta, se mezcló en las guerras de la *sucesión de Austria* y de *Siete años* y comenzó á poblar con los desterrados políticos las frias soledades de Siberia.

Pedro III, otro descendiente de Pedro el *Grande*, subió al trono á la muer-

te de Isabel, pero á los seis meses fué derribado por una conjuración dirigida por su misma esposa Sofía de Anhalt-Zerbs, de origen alemán, la cual fué proclamada emperatriz única con el nombre de Catarina II. Los Orloff, cómplices de la ambiciosa alemana, asesinaron luego al emperador depuesto.

El largo reinado de Catarina II (1762-1796) engrandeció el ya poderoso imperio moscovita con la conquista de la pequeña Tartaria y de Crimea, y por el lado de Occidente con la anexión brutal de gran parte de Polonia, tres veces desmembrada con la complicidad y provecho de Austria y Prusia. En el interior la despótica é inteligente Catarina prosiguió la obra de Pedro el *Grande* en el sentido de implantar la civilización occidental en la Rusia semi-salvaje. Esplendor más superficial que sólido, sostenimiento del viejo despotismo, influencia de rapaces favoritos entre los que descollaron Orloff y Potemkín, protección vanidosa á las letras é inextinguible codicia de agenos territorios, forman la síntesis de ese reinado, al que llaman grande y glorioso los adoradores de los monarcas y del éxito.

El sucesor de Catarina II fué su hijo Pablo I° que en 1799 tomó parte en la segunda coalición formada contra la república francesa. Sus armas fueron derrotadas en Suiza por los generales Massena y Lecourbe, y el mismo czar fué asesinado en su lecho por varios conjurados la noche del 12 de Marzo de 1801.

DESMEMBRACIÓN DE POLONIA.

Polonia en la primera mitad del siglo 18°.—Esta importante nación que llegó á tanta altura en el siglo 16.°, entró en la senda de la decadencia desde principios del décimo—octavo. Durante el largo reinado de Augusto II (1733—1764), Polonia no fué más que humilde satélite de Rusia, y á la muerte de ese rey ocupó su lugar Estanislao Poniatowski, impuesto por la emperatriz Catarina II.

Primer repartimiento (1772).—La anarquía de Polonia, alimentada mañosamente por las grandes potencias que la rodeaban, fué el pretexto para que comenzasen la obra de absorción. En 5 de Agosto de 1772 se firmó por Rusia, Austria y Prusia—regidas respectivamente por Catarina II, María Teresa y Federico II—un convenio de *repartición* en virtud del cual tocó á la primera de esas naciones una porción del territorio polaco con 1.800,000 habitantes, á la segunda una fracción con 3.000,000 de almas, y á la tercera una más pequeña con 600,000. Ninguna de las otras grandes potencias europeas reclamó contra ese

despojo, y por eso los cómplices del infame atentado alababan su propia obra: "El sistema político de Rusia—decía entonces el canciller austriaco Kaunitz—"es en conjunto una obra maestra de la ciencia de Estado que ofrece en todas "sus partes meditación, trabajo y cohesión."

Segundo repartimiento (1793).—La dislocada Polonia, veinte años después de aquella vil desmembración que le arrancó la mitad de su antiguo territorio, adoptó una constitución (1791) en la qué fueron proclamadas la monarquía hereditaria, la tolerancia de cultos, la emancipación sucesiva de los siervos y la abolición del *libre veto*. Augusto Estanislao, rey polaco, fué declarado jefe de la dinastía y aceptó el nuevo pacto político.

Pero Catarina II promovió una violenta oposición al flamante régimen político y el indigno rey polaco se volvió contra su propia obra. Un ejército ruso entró en Polonia para restaurar el antiguo orden de cosas, y luego se procedió á un segundo *repartimiento*: Rusia se apropió Volhinia, Podolia y una parte de Lituania con 3.000,000 de habitantes; á Prusia le tocó el distrito de Posen, y la casa de Austria arrebató la comarca que se extiende hasta el Dniester (1793).

Tercero y último repartimiento; fin de Polonia [1794-1795].—No todos los polacos prefirieron la quietud de la servidumbre á las nobles tempestades de la libertad; pocos aunque ardientes patriotas se alzaron en armas contra los rusos (Marzo de 1794) y eligieron por caudillo á Kosciusko que había peleado al lado de Washington en defensa de la libertad americana. Vencen á los rusos en Raslavitz y los arrojan de Varsovia; ceden á los prusianos en Cracovia y caen en Maciejowice agobiados por el general moscovita Fersen. Kosciusko, cubierto de heridas, fué hecho prisionero en esa batalla y es fama que exclamó entonces: *¡Finis Poloniæ!* En efecto, Polonia cesó de vivir como nación independiente pues el territorio que de ella quedaba se repartió entre Rusia, Prusia y Austria. Tal fué la desmembración definitiva (1795).

El rey Estanislao Poniatowski se retiró á San Petersburgo bajo la protección rusa; pero el gran Kosciusko, puesto en libertad por los vencedores, prefirió pasar el resto de sus días en las libres tierras de América y de Suiza. Polonia ha intentado varias veces, en el curso del siglo 19°, recobrar su independencia, pero tantos esfuerzos sólo han servido para aumentar el peso de sus cadenas.

ESTADOS DEL NORTE.

Suecia.—Ya en las postrimerías del siglo 17° [1697] subió al trono de esta nación el belicoso Carlos XII. Amenazado por la triple alianza de Dinamar-